

nes del rey, consintió en que fuesen examinadas; el legista vino en ayuda del pontífice; y para desvirtuar las argucias de Felipe Augusto, se colocó en su verdadero terreno, en el del derecho: "Es preciso respetar el derecho, que exige que la reina sea libre en su defensa y tenga la facultad de presentar testigos. Inocencio enviará, por su cuenta, letrados á Dinamarca para escucharlos," (1). Furioso el rey de esta oposicion que no podía vencer, hacia recaer sobre la desdichada Ingeburga su cólera y aversion; una carta conmovedora de la reina al papa nos da á conocer sus sufrimientos: "He expuesto á vuestra paternidad muchas veces mis miserias, las mayores que Dios puede imponer. Recorro á vos, santísimo padre, á vos, representante de Cristo, para que alivieis mi carga... Salvadme, á fin de que no sucumba; se me niega lo que no debe negarse á una esposa cristiana; se me niega lo que no debe negarse á la mujer más criminal; estoy cansada de vivir... Salvadme de la muerte del alma. ¡Cuán agradable sería para mí, desdichada, abandonada y rechazada por todos, la muerte del cuerpo!" (2).

Inocencio castigó al verdugo, consoló á la víctima y escribió al rey que trataba á su esposa no como reina, sino como esclava: "Las lágrimas que vierte noche y día son el pan con que se alimenta, hasta el punto de odiar la vida. Si el temor del Señor, si el respeto de la santa sede, si la nobleza de su raza ó la santidad de Ingeburga no le hacen cambiar de conducta, que lo haga por el interes de su reputacion. La reina sucumbirá á su dolor, y entonces se acusará al rey de haber preparado su muerte con anticipacion; se le considerará como asesino de la mitad de sí mismo," (3). La carta de Inocencio á Ingeburga está llena de dulzura y de compasion: "Nós sentimos toda la dureza de tu suerte. Dios quiere probar tu virtud; soporta todas las desgracias, todas las maldades; sopórtalas, no como una necesidad, sino como un bien; no basta solamente someterse á la voluntad divina, es preciso aceptarla; cuando suceda algo contra tu deseo, ofrece con alegría tu sacrificio al Señor; nuestra vida no es más que un perpetuo sacrificio... La virtud sin combate se enerva; su grandeza y su

(1) INNOCENT., *Epist.* IV, 49; XI, 182; XV, 106.
(2) INNOCENT., *Epist.* VI, 85.
(3) INNOCENT., *Epist.* VI, 86.

fuerza no se manifiestan más que con la paciencia; es menester, pues, servirnos de las adversidades, no para alimentar nuestro dolor, sino para fortificar nuestra alma... Resignate con humildad; no se sufre más cuando se sufre con paciencia; Aquel que tiene en su mano los corazones de los reyes te volverá el afecto de tu esposo. Aquel que es el verdadero esposo de las almas fieles recompensará más abundantemente tus disgustos con su gracia," (1).

La prediccion de Inocencio se cumplió. Felipe Augusto volvió á tomar á su legítima esposa despues de veinte años de abandono. ¿Qué sentimientos influyeron en esta reconciliacion? Se ignora; el historiador de Inocencio dice que el rey, en visperas de invadir á Inglaterra, quiso atraerse el favor del pueblo; sin embargo, el rey conservó su amistad con la reina aún despues que fracasó la expedicion. Ya se habian calmado las ardientes pasiones de la juventud: la voz del pueblo, que era la del cielo, acabó por tocar al rey en el corazon; si fué milagro, debe atribuírsele á Inocencio. Tomando parte por una mujer repudiada por capricho, el papa defendía la causa de la moralidad contra la fuerza unida á los malos instintos del hombre, y salvaba el porvenir de la civilizacion: "Si en la juventud de las naciones septentrionales no hubiesen tenido los papas el medio de imponerse á las pasiones de los soberanos, los príncipes, de capricho en capricho y de abuso en abuso, hubieran acabado por erigir en ley el divorcio y tal vez la poligamia, y repitiéndose este desórden, como sucede siempre, hasta en las últimas clases de la sociedad, nadie es capaz de calcular adónde hubiera llegado este desbordamiento," (2).

Hay, sin embargo, una sombra en este cuadro de la influencia moral del gran papa. Creemos que el sentimiento del deber inspiraba á Inocencio; pero habia, ademas, otro móvil ménos puro; si empleó tan valerosa perseverancia en sostener el derecho contra la fuerza, consistió en que estaba comprometido el honor de la santa sede en el resultado de la lucha. Escribe á su legado: "Nada contribuirá tanto á nuestro honor y á tu gloria como el que por nuestra autoridad y por tu ministerio llegue á feliz término este negocio. El éxito

(1) INNOCENT., *Epist.* XIII, 66.
(2) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. II, c. VII, art. I.

exaltará á la sede apostólica (1). La derrota seria para nosotros causa de extrema confusion; se nos aplicaría el dicho del poeta: "el parto de los montes." En el siglo IX, un papa luchó igualmente por los derechos del matrimonio contra el rey y contra la Iglesia nacional. Nicolas triunfó; un nieto de Carlo-Magno, los arzobispos y obispos se doblegaron ante su voluntad; pero aquella voluntad era santa; ni una palabra de la correspondencia del papa permite sospechar un interes personal; no se preocupa más que de la salvacion del rey y de los fieles, sin pensar en la dominacion de la santa sede; Inocencio tiene la ambicion de un príncipe que aspira á la grandeza de su nombre y al esplendor de su corona.

Este sentimiento egoista coloca á Inocencio debajo de Gregorio VII. Gregorio inaugura la era de la dominacion pontificia; Inocencio aparece en el apogeo de su poder. Gregorio funda el poder, cuyos frutos recoge Inocencio. ¿Cuál es la preocupacion de Gregorio? Su grande ambicion. El poder espiritual pasa su vida en reformar la Iglesia, luchando contra la aristocracia episcopal, y combate ménos por Roma que por el cristianismo, que logra salvar y con él el porvenir de la civilizacion. Bajo este punto de vista, Gregorio es el héroe del catolicismo, el héroe de la humanidad. Inocencio llega al solio pontificio como un príncipe despues de una larga serie de antepasados. Dispone como señor del poder espiritual; la Iglesia está en su mano; pero la soberania absoluta es un arma peligrosa que hiere al mismo que la maneja. El pontificado, armado del poder espiritual, se vió arrastrado invenciblemente á reivindicar la soberania temporal; y con los intereses de este mundo, se apoderaron de la santa sede las pasiones mundanas. La ambicion, que en Gregorio es más bien el medio que el fin, domina en Inocencio. Esta ambicion tiene todavia grandeza; pero perderá al pontificado, poniéndole en colision con la independencia de las naciones y con el espíritu de libertad. Los papas entablan una lucha á muerte contra el poder temporal, representado por el imperio, y contra la razon humana, representada por las herejias. Abaten la poderosa casa de los Hohenstaufen y parecen triunfar; pero

(1) "Negotium illud ad magnam exaltationem sedis apostolicæ proveniet, si diligenter fuerit procuratum." INNOCENT., *Epist.* III, 16.

lo que perece con los Hohenstaufen es la idea de una dominacion universal sucesora de Roma; lo que triunfa es la libertad del género humano. Los papas ahogan en sangre la protesta de la razon contra el catolicismo; pero la razon no se deja dominar por la fuerza. La inquisicion y la cruzada son el crimen del papado, la mancha indeleble de la vida de Inocencio; el papado llevará el castigo por este atentado contra el libre pensamiento; no puede existir más que encadenado á la razon; la razon, rayo divino, romperá una institucion inconciliable con la libertad del espíritu humano.

SECCION 3.

FEDERICO II.

§ I.—Los últimos Hohenstaufen y el papado.

I.

Inocencio III combatió durante diez años por separar á la casa de Suabia del trono de Alemania. Apenas vencedor, se vió obligado á excomulgar á su protegido; y para derribarlo tuvo que apoyar al último y más grande de los Hohenstaufen, Federico II. Inocencio inaugura sin sospecharlo una nueva lucha, más furiosa, más trágica que todas las que habian desgarrado el mundo cristiano, pero tambien más decisiva, puesto que el imperio, con todas sus pretensiones, muere en la persona de Federico, que era heredero de la ambicion de su raza. Enrique VI, su padre, reúne la corona de Sicilia y de Nápoles á las tres coronas que ornaban ya la frente del emperador; vecino del imperio griego, que estaba en plena decadencia, pensaba que era fácil conquistar á Constantinopla, con lo cual se hubiera reunido el imperio de Oriente al de Occidente y reconstituido la unidad romana; se creia capaz á Enrique VI de realizar estos gigantescos designios, cuando le sorprendió la muerte (1). Federico fué acusado por el papa Inocencio IV de perseguir el mismo fin (2); se le acusaba de abrigar esperanzas ilimitadas fundándose en ciertos

(1) OTTONIS DE SANCTO BLASIO, *Chronica*, c. XLIII, XLV (MURATORI, *Scriptores*, t. VI, p. 900 y sig.); "Cujus virtute et industria decus Imperii in antiquæ dignitatis statum reformisset."

(2) *Carta del Papa*, en RAUMER, IV, 122.

presagios (1); se decía que había hecho juramento de reconquistar todos los reinos que ántes habían pertenecido al imperio de los Césares (2). Él mismo se complacía en recordar á los Romanos la grandeza de sus antepasados, el brillo de sus victorias, la inmensidad de su dominación (3); hubiera querido reanimar la ambición que había hecho de unos pocos refugiados los dueños de la tierra, y daba el nombre de *Quirites* á los descendientes degenerados de los vencedores del mundo (4); les anunciaba las victorias que alcanzaba sobre sus enemigos, como si fueran inseparables su gloria y la de la Ciudad Eterna (5); era su fin supremo restablecer el nombre romano tal como existía en los tiempos antiguos (6); pero los Césares no tenían enfrente papas que ejerciesen el poder espiritual como órganos de Dios, que, aunque abrazaron el cristianismo, conservaron una especie de supremacía sobre la Iglesia, y sus sucesores rehusaron siempre bajar la dignidad del emperador ante la del pontífice. Siguiendo estos ejemplos, Federico II quiso ser un César independiente de estos vicarios de Cristo que pretendían dominar sobre los reyes (7).

La Iglesia no podía consentir la independencia de los emperadores y de los reyes sin abdicar; investida del poder espiritual que los príncipes mismos la reconocían, se hallaba fatalmente impulsada á usurpar el poder temporal. Hay usurpación bajo el punto de vista de las ideas modernas sobre el Estado; pero en la Edad Media era providencial esta usurpación. En el siglo XIII, el Estado no podía separarse de la Iglesia, porque la fuerza de las circunstancias le encadenaba. La Iglesia

(1) Se cita este epigrama:

«Fata docent, stellæ que movent, avinque volatus.
Totius mundi malleus unus erit.»

El papa Gregorio IX respondió, según se dice:

«Fama refert, scriptura docet, peccata loquuntur,
Quod tibi vita brevis, pœna perennis erit.»

(RAYNALDUS, *Annales Ecclesiast.*, ad a. 1268, núm. 28.)

(2) MATTH. PARIS, *Hist. Maj.*, 1230, p. 410.

(3) *Historia diplomatica Friderici II*, t. IV, p. 901-903: «Habentis Cæsarem qui pro exaltatione romani imperii personam exposuit, laboribus non pepercit.»

(4) DE VINIS, *Epist.*, I, 7.

(5) *Epistola Senatui Populoque romano*, en MARTENE, *Collect. Amplias.*, t. II, p. 1190.

(6) MATTH. PARIS, *ad a.* 1230, p. 416: «Ad reformandum romanum nomen sicut in diebus antiquis et exaltandum romani statum imperii, continuis laboribus intendamus.»

(7) FRIDERICI *Mandatum contra convocacionem concilii* (PERTZ, II, 338): «Nobis, imperii, et omnibus terre principibus indecensissimum iudicamus, causam honoris nostri subicere iudicio synodali.»

dependía del Estado por sus posesiones; el Estado dependía de la Iglesia porque encerraba en sí misma el principio de todo poder, el imperio sobre los espíritus; el orden civil era una emanación del orden religioso; la independencia de la Iglesia y el Estado, con este orden de cosas, era imposible; la Iglesia debía dominar sobre el Estado ó éste sobre la Iglesia; pero el Estado no tenía las condiciones necesarias para ejercer la dominación: hubiese sido someter el alma al cuerpo, la inteligencia á la materia, el derecho á la fuerza. La Iglesia hubiera perecido en esta dependencia. Tratábase, pues, para la Iglesia y el pontificado, que es su órgano, de ser ó no ser. Hé ahí por qué persiguió á los Hohenstaufen hasta la extinción de esta raza en que se encarnaban el orgullo y las pretensiones del poder temporal.

Es menester acordarse de la misión del papado en la Edad Media para apreciar con calma la lucha de los pontífices de Roma contra los últimos Hohenstaufen. La más furiosa pasión, el odio, inspira á los que se titulan vicarios de Cristo; el único fin que tienen es levantar el poder de la santa sede sobre las ruinas de los Hohenstaufen y del imperio, sin retroceder ante ningún medio con tal que lleguen á su fin; convierten en instrumento la influencia espiritual de que disponen; y los que se titulan servidores de Dios se hacen déspotas para explotar á la Iglesia contra sus enemigos, sembrando la división, la anarquía y la traición. Para vencer, llaman al hombre más duro y más cruel de su tiempo; insensible como la espada, Carlos de Anjou hace caer la cabeza del joven Conrado; los papas desempeñan, al parecer, el papel de verdugos. Y ¿cuál es la familia que persiguen desde la cuna del niño hasta la tumba del guerrero muerto como un héroe?

II.

Federico II es el hombre más extraordinario de la Edad Media. El Oriente celebra su gloria, y el Occidente no puede creer en su muerte (1); fué grande como príncipe y como hombre; siendo el primero de los emperadores, pensó en ser el legislador de su pueblo; en medio de una edad en que dominaba la fuerza, quiso hacer que reinase el

(1) Se creía que había de vivir hasta el fin del mundo (J. VON MÜLLER, *Reisen der Papste*).

derecho (1). Vástago de una ilustre raza, no le cegó su elevado nacimiento para el cumplimiento de sus deberes. Oigamos las instrucciones que da á su hijo: «Los príncipes nacen como los hombres, y como ellos mueren; no es la naturaleza lo que debe distinguirlos, sino la virtud, la prudencia y grandeza de alma. Las insignias régias no te harán rey si no las adornas de cualidades reales. Nosotros no somos dignos del título de rey sino en tanto que sabemos gobernar á nuestros súbditos, y dejámos de serlo en cuanto nos falta la inteligencia.» (2). El emperador practicó los consejos que daba á su hijo, y fué el más cumplido príncipe de su siglo (3).

Superior al siglo, Federico se interesaba por todo lo que concierne al hombre y al desarrollo de sus facultades: cultivó la poesía y la filosofía y protegió las ciencias (4). Habiendo hecho traducir al latín las obras de Aristóteles, las envió á la universidad de Bolonia, aunque la ciudad le era hostil; dice en su carta: «La ciencia debe marchar á la par que las leyes y las armas, para activar ó moderar el movimiento del espíritu. Desde nuestra juventud hemos amado la ciencia; hoy que se nos ha confiado el cuidado del reino y que la multitud de los negocios no nos deja momento alguno, tratamos, sin embargo, de robar algunos instantes á los negocios de Estado para consagrarlos á la lectura, á fin de que se fortifique el vigor de nuestra alma con la adquisición de la ciencia; de ese bien sin el cual no podría ser dignamente empleada la vida del hombre; con este objeto hemos hecho traducir las obras de Aristóteles; pero como la posesión de las ciencias no desmerece cuando llega á muchos, ántes bien, la extensión que se la da la garantiza de todo detrimento, siendo tanto

más duradera cuanto más se la difunde, no queremos tener encerrado el fruto de nuestros cuidados, y hemos pensado que no podíamos disfrutar de ellas más que haciendo participar á los demás de tan gran beneficio. Nadie tiene derecho á poseer las fuentes de la sabiduría antigua como los hombres que se sirven de ella para satisfacer la sed de ciencia á la juventud. Aceptad, pues, estos volúmenes como un presente de vuestro amigo el emperador.» (1).

En otra ocasión Federico escribió estas bellas frases, que no parecen del siglo XIII: «Pensamos que nos es provechoso dar á nuestros súbditos medios de instrucción; la ciencia les hará más capaces de gobernarse á sí mismos y de servir al Estado.» (2). El emperador abrió por todas partes escuelas, llamó á los mejores profesores y pensionó á algunos pobres, á fin de que ninguna clase del Estado estuviese alejada del estudio por la indigencia (3). No sólo sirvió la ciencia para desarrollar la inteligencia de Federico, sino que también endulzó su carácter y humanizó sus costumbres; emancipó de sus dominios á los siervos (4), legó la libertad á todos los prisioneros (5). Comprometido en una lucha á muerte con el papa, no pudo el emperador transmitir á sus hijos su poder, pero les dejó una herencia más bella, la de su genio; y Conrado (6) y Manfredo (7) hubieran sido dignos de su padre, si Dios les hubiera concedido la vida.

III.

Quando se comparan estas brillantes figuras con la fría crueldad del príncipe que el papa elevó

(1) DE VINIS, *Epist.*, III, 67.—JOURDAIN, *Investigaciones sobre las traducciones latinas de Aristóteles*, p. 156-157.

(2) *Epistola Percellensibus*, en MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. II, p. 1141.

(3) DE JAMSILLA, *Historia Conradi et Manfredi*, Proœm. (MURATORI, t. VIII, p. 496).

(4) FRIDERICI, *Constitutiones*, 164.

(5) PERTZ, *Leg.*, t. II, p. 259.

(6) MATTH. PARIS, *ad a.* 1252, p. 725: «Conradus, tum propter sui generis præclarum excellentiam, tum propter suam innatam benignitatem, tum propter insuperabilem in militia strenuitatem, audaciam et peritiam præstanti, omnibus magnatibus acceptus existit et gratus.»

(7) DE JAMSILLA, *Historia* (MURATORI, VIII, 498 y siguientes): «Manfredus paternarum gratiarum atque virtutum heres fuit, universalisque successor.—Philosophie filius et alumnus.—MALASPINA, *Historia*, I, 3 (MURATORI, t. VIII, p. 700): «Manfredus lucifer dici poterat in tota posteritate Cæsarea.» Los trovadores franceses, áun siendo del partido de Carlos de Anjou, hacen un magnífico elogio de Manfredo; dicen que:

En lui ne faloit rien, fors que seulement foi.
(Nada faltaba en él más que la fe.)

(Poema de ADAM DE LA HALLE, cantor del conde de Anjou, en RUTEBEUF, ed. de JUBINAL, t. I, p. 435.)

(1) *Constitutio Pacis*, a 1255 (PERTZ, *Leg.*, t. II, p. 313 y sig.); «Imperialis eminentie solum nutu divina provisionis adepti, circa regimen subiectionum consilia nostra duplici vinculo pacis et justitie roboranda providimus... Ut nemo se vindicet sine iudicis auctoritate. Ad hoc magistratus et jura sunt prodita, ne quis sui doloris vindex sit, quia ubi iuris cessat auctoritas, excedit licentia serviendi.—*Constitutiones Regni Siciliae*, lib. I, titulo VIII (*Historia diplomatica Friderici II*, t. IV, p. 12): «Pacis cultum, qui a justitia et a quo justitia abesse non potest, per universas et singulas partes regni nostri precipimus observari...»

(2) *Epistola Conrado filio*, en MARTENE, *Amplissima Collectio*, tomo II, p. 1165 y siguientes.

(3) J. VON MÜLLER dice de Federico II: «Kaiser Friedrich war an Heldensinn den alten grossen Cæsaren gleich; an Aufklärung den meisten überlegen.»

(4) NIC. DE JAMSILLA, *Historia* (MURATORI, VIII, página 495): «Philosophie studiosus erat, quam et ipse voluit et in regno suo propagari ordinavit.»

sobre los cadáveres de los Hohenstaufen, dan ganas de maldecir á los adversarios de Federico. Gregorio IX é Inocencio IV no están á la altura de los papas cuyos nombres llevan; aspirando el papado á la dominacion del mundo, sufre las consecuencias fatales de su ambicion; arrastrado por las pasiones humanas, no tiene de grande más que la enormidad de sus pretensiones. Sin embargo, aun cuando la historia deba reprobarnos los sentimientos de odio de los vicarios de Cristo, aun cuando deba derramar una lágrima sobre las tumbas de Conradino y Manfredo, no puede sentir la caída de los Hohenstaufen. La Providencia misma prestó su apoyo para acelerar su ruina; arrebató á los hijos de Federico II en la flor de su edad, como había arrebatado al hijo de Federico Barbaroja. Si la ambicion de los Hohenstaufen hubiera podido realizarse, habría acabado la civilizacion cristiana. Se ha acusado á Federico II de hereje; era peor que hereje; apenas se puede decir que fuera cristiano; era tolerante en una edad en que la intolerancia era lo esencial para el creyente, y no había más que un paso de la tolerancia desdenosa á la indiferencia y á la incredulidad; se decía que el emperador equiparaba la fe de Mahoma y la de Cristo; se decía que veía un impostor afortunado en Aquel á quien los fieles adoraban como el Hijo de Dios. Así pues, el jefe temporal de la cristiandad, el defensor de la Iglesia católica, negaba la revelacion! Federico se anticipaba muchos siglos á su tiempo; la Edad Media no necesitaba un librepensador ni un amigo de los Sarracenos, sino una educacion cristiana; esta educacion no podía recibirla más que de una Iglesia libre, independiente, y la libertad de la Iglesia estaba ligada á la libertad del papado; pero ¿cómo hubiera permanecido libre el pontificado si los Hohenstaufen hubieran llegado á consolidar su dominacion desde el Rhin y el Ródano hasta la Sicilia? Los papas hubieran descendido á la categoria de patriarcas, y la Europa germánica habría corrido pareja con el Bajo Imperio.

Era tan funesta á la humanidad la ambicion temporal de los Hohenstaufen como su oposicion contra la Iglesia. Con todas sus brillantes cualidades, Federico II no hizo la felicidad de sus súbditos. Los historiadores alemanes le censuran amargamente el abandono de la Alemania (1), y los

(1) LUDEN, *Historia de los Alemanes*, lib. 26. c. 1.

Italianos, salvo algunos años raros de paz, no han conocido al gran emperador más que por los males de la guerra y la opresion del fisco (1). Empleó un largo reinado en perseguir un fin imposible, el establecimiento de una monarquía universal. La falsa ambicion del imperio conducía á Federico II por los más falsos senderos; reprimió el espíritu de libertad que agitaba las ciudades de Italia y Alemania, y favoreció los privilegios de la nobleza feudal (2); la absorcion de las nacionalidades, la destruccion de la libertad en su primer germen, y con esto un cristianismo impotente, fué lo que la dominacion de los Hohenstaufen preparaba á la Europa.

Hoy, que el imperio ha caído y con él todas las tentativas de monarquía universal; hoy, que no creemos en la posibilidad de una dominacion semejante, nos es difícil comprender los peligros que amenazaron al porvenir de la humanidad en la Edad Media. Es verdad que la raza germánica no tenía el genio de la unidad; pero tenía la fuerza de las armas. Si los emperadores hubieran llegado á subordinar al pontificado, ¿quién puede prever las funestas consecuencias de esta concentracion de los poderes espiritual y temporal en una sola mano? Añádase á esto el genio de los Hohenstaufen, la creencia de que los emperadores eran los legítimos herederos de los Césares y la ambicion que iba anexa al título del jefe temporal de la cristiandad; había con ello indudablemente elementos para una dominacion que hubiera podido detener el desarrollo de las nacionalidades y comprometer el porvenir de la civilizacion. Los papas han salvado de este peligro al mundo occidental; es preciso acordarse del abismo á que condujo el imperio romano á las naciones europeas para apreciar la importancia del servicio que la Roma cristiana prestó á la humanidad, preservándola de la muerte más vergonzosa, de la podredumbre moral (3).

(1) Un legista italiano dice que Federico ha merecido el infierno por su tiranía: «Per quod videtur ille Fredericus quiescere in pace, et non in pace.» ANDREAS ISERN., *Commentar.*, libro 1, título VII.

(2) *Advers. Rebeldes Italiae*, en BALUZE, *Miscell.*, t. I, p. 452. «Productam jam ad alias regiones libertatis invidiosae propagationem nitimur supplantare.»—C. *Confederatio cum princip. ecclesiasticis*, a. 1220 (PERTZ, *Leg.*, II, 236); *Statutum in favorem principum*, a. 1231 (PERTZ, *ib.*, 282, 291 y sig.).—Los decretos dados por la dieta de Rávena disuelven todos los municipios y todas las asociaciones formadas sin el consentimiento de los obispos (PERTZ, *Leg.*, II, p. 286).

(3) J. VON MÜLLER, *Reisen der Päpste*.

§ II.—Federico II.

N.º 1.—Federico II y Gregorio IX.

I.

Apénas subió Gregorio IX al trono pontifical, lanzó la excomunion contra Federico; y á partir de este momento, la lucha fué permanente, las reconciliaciones pasajeras no son más que treguas. ¿Por qué tan súbita animosidad contra el emperador? ¿Ha destituido Federico al vicario de Cristo como Enrique IV? ¿Ha nombrado un papa por su eleccion como Barbaroja? El jóven príncipe ha heredado de la sangre normanda bastante flexibilidad y astucia para chocar de frente con el terrible poder que domina las almas. El papa es el que ataca; Federico había abrazado la cruz desde su advenimiento al trono; al recibir la corona imperial, renovó su voto y se sometió á la excomunion si en un término dado no partía para la Tierra Santa. Tres veces se prorogó este plazo; se reúne por fin el ejército de los cruzados; se embarca el emperador, pero se vuelve atrás, alegando como causa su enfermedad. Gregorio le echa en cara amargamente su ingratitud: «La Iglesia le ha recibido, por decirlo así, del seno de su madre; le ha amamantado en sus pechos y llevado en sus brazos; le ha arrancado de manos de aquellos que querían atentar á su vida; le ha conducido, á fuerza de cuidados y penas, hasta la edad de hombre; le ha investido con la dignidad real, y, por último, para colmarle de beneficios, le ha conferido el magnífico título de emperador, esperando encontrar en él un defensor y un apoyo. ¿Cómo ha respondido Federico á estos favores? Engañando á la santa sede con sus falsas promesas. Si ha fracasado la cruzada tan penosamente preparada, ha sido por la mala voluntad del emperador...» Para no parecerse á un perro mudo que no puede ladrar, Gregorio declaró á Federico excomulgado, prohibiendo á todos los fieles tener el menor comercio con él (1).

Un cronista contemporáneo, el abate de *Ursperg*, dice que Gregorio excomulgó á Federico por or-

(1) MATTH. PARIS, *ad a.* 1268, p. 291-294.—MANSI, tomo XXIII, página 76.—RAYNALDI, *Annales*, 1271, § 30 y siguientes.

Verdad es que la Roma cristiana, al combatir á los emperadores, no pensaba en reivindicar la libertad de los pueblos; perseguía en el terreno espiritual el mismo fin que los emperadores. También el papado estaba fatalmente impulsado á la monarquía universal, una vez poseedor de la soberanía espiritual, reconocida por el mundo cristiano; pero la soberanía, conquistadora por su naturaleza, no admite division; ¿cómo la soberanía de las almas no había de aspirar á la dominacion de los cuerpos? Si los papas no hubieran encontrado un rival en su camino, Europa habría visto reproducirse el espectáculo del Asia: hubiera gobernado los pueblos un hombre, representante de Dios, y este califato cristiano habría sido la más monstruosa de todas las monarquías universales; allí habría perecido el cristianismo, así como la libertad y las nacionalidades; se necesitó nada menos que de una lucha secular para librar á Europa de este peligro. Los Hohenstaufen, grandes como individuos, son tambien grandes como instrumentos escogidos por Dios para el cumplimiento de sus designios: gracias á ellos se ha librado la humanidad del peor de los despotismos, del despotismo teocrático.

Bajo este punto de vista es menester apreciar á los Hohenstaufen y sus adversarios; si miramos solamente á los hechos aparentes, no hay espectáculo más doloroso que el de la lucha desesperada de los papas contra Federico II y sus descendientes; es como una disolucion de todos los lazos sociales y morales. Fijos los ojos en el porvenir, puede la historia reconciliarse con el pasado. La historia no disculpa, ni mucho menos justifica, los hechos y los crímenes de los hombres, estén colocados en la cátedra de San Pedro ó en el trono de los Césares; pero justifica á la Providencia, y da la certidumbre de que una mano invisible preside los destinos de los pueblos así como de los individuos, y consuela á los hombres en las épocas de angustia en que el mundo parece abandonado de Dios y entregado á la fatalidad. No, no hay fatalidad: vivimos y avanzamos bajo el amparo de la Providencia: esta es la más alta leccion, la más saludable enseñanza de la historia; esta conviccion salva al hombre de la desesperacion y le da valor para luchar, con la esperanza de que Dios viene siempre en ayuda de los que combaten por los grandes intereses de la humanidad.